

SUMARIO

Charla de las charlas, trabajo póstumo de Mariano Soriano Fuertes. — El toro (fábula), por Manuel del Palacio. — Los pájaros, por José de Veilla. — Ibsen y Daudet, por Clarín. — El trabajo, por Calixto Ballesteros. — A mi mujer legítima, por A. Zozaya. — Carta semanal de Londres, por B. de Oya. — Desde el boulevard, por Ricardo Blasco. — Los teatros, por Conrado Solsona. — Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard. — Libros nuevos.

CHARLA DE LAS CHARLAS (1)

(PREMIO)

Sobresalía por encima de las montañas de un rebujón de holgazanes que, para ver pasar un entierro afanosos se agruparon, una vieja larga y nariguda, la más á propósito para que en propia sombra, de la de una alabarda, punto ni coma se diferenciase. «Hoy por tí y mañana por mí», murmuró por lo alto, al llegar la procesion; y encarándose, filo por filo, con el sacristán, exclamó, repitiendo: «¡Miren, miren qué cara de pasiones pone el maldito, y cómo le asoma la risa á los labios, que se le sale el gozo por los ojos y vá más alegre que unas castañuelas, como si fuese á la boda de Benita la Picarozaza!» Entropeyóla, por lo bajo, el sacristán atrevido, y probó á darle con la cruz en las narices. No le alcanzó, y á alcanzarle, en el sitio la matara. Y dijo un mirón: «¡Cierre la mujer el pico y métase la lengua en la falliguera, que ya yo conozco al sacristán y sé, hasta dejármelo sobrado, que tiene malas pulgas y que no aguanta moscas, ni sufre ancas del rey que fuese». Y otro dijo: «La verdad sea dicha: yo creo, como el sol que nos alumbrá, que lleva más gana de cantar que de cantar, y que esta mujer metió su cucharada cuando no estaba el horno para sobado». Y dijo la vieja: «¡Ah, señores! á otro perro con ese hueso, que así lo conozco como si le hubiera partido, y sé que quiere á la muerte más que á las niñas de sus ojos y á las telas de sus entrañas, y que no se le dá tres pitos de que el más pintado haga boca de titere, porque dice á pié juntillas que una estrella se pone cuando otra nace, y que si una puerta se cierra otra se abre, y que el mundo seguirá su camino aunque todos los vivientes tendamos la pata». «Eso, dijo otro, lo dirá cuando le apriete las clavijas la que tiene cara de hereje». «¡Pues cómaso las uñas, replicó la vieja, y no aloe el gallo; porque si él tuviera fé en lo que lleva entre manos, sabría que nunca falta Dios á los pajaricos del mar ni á los gusanicos del aire, y que si alguna vez con los sacristanes se descuida, es porque la mucha satisfacción es causa del menoscabo».

El entierro iba despacio porque el difunto era rico: yo me aparté de aquellos charlatanes y me fui, meditando en el disparatado modo de explicarse que el mundo tiene; cuando á muy corta distancia me alcanzó uno de los mismos mirones y, como me conociese, me dijo al paso: «¡Vuestra merced hizo bien de tomar las de Villadiego, porque en un abrir y cerrar los ojos han puesto á la vieja de vuelta y media, y le han cascado las liendres de manera que no hay por dónde agarrarla. La del humo, señor, antes que el agnecil nos eche mano y todo se lo lleve Pateta». Dijo, y fuese, cuando cástate, amigo mío, que me dió la tentación de mirarme los pies y vi que estaba pisando un papelucho impreso; me agaché, lo cogí, le limpié, lo lei, y vi que era la última mitad de una décima espinela que así terminaba:

«y aunque demos de barato
que en su vida rompió un plato
ni entender pudo á una moza,
el cha llorando en lengua tosca
puso el cascabel al gato.»

Más sorprendido por mis ojos que yo estaba por el oído, fuíme á mi casa, entré en mi despacho y juré no salir de allí hasta después de averiguar quién fué el que tuvo la humorada de encascabelar al gato.

Limpiándome la frente estaba para dar principio al hojear de mis volúmenes, cuando se me presentó un mi amigo, crítico muy sagaz y de amena conversacion.

—Te leo el pensamiento—dijo al mirarme—aquí estás encerrado con tus libros, calentándote los cascos y

(1) Honramos hoy nuestras columnas con un escrito póstumo del ilustre autor de la *Historia de la música española*, D. Mariano Soriano Fuertes. El bastará para acreditar los grandes conocimientos literarios y filológicos de nuestro querido amigo y será á la vez leído con gusto por nuestros favorecedores.

derritiéndote los sesos por alguna quisicosa que no importa un bledo: ¿he dicho algo? ¿herí el punto de la dificultad?...—Justamente—le contesté. Y luego puse en su conocimiento el asunto que me ocupaba, y mi impaciencia por averiguar cuál de nuestros escritores pudo ser el que le puso el cascabel al gato.—No te rompas más la cabeza—me replicó;—eso que tú tienes por disparates, ya son versiones lindisimas, recogidas y conservadas por todos nuestros clásicos para embellecer el romance de Castilla. En sitio y á punto estamos de poder convencerte, para que no te vuelva á tentar el diablo.

Y si no, dime: ¿Qué libro es éste? y señaló al primero de mi repertorio. —Es—le contesté—el de las Siete Partidas, origen de la concesion de nuestro idioma y brillante destello de la Sabiduría del rey D. Alfonso el X. —Pues veámosle—dijo, y lo tomó, lo abrió, y continuó diciendo: Aquí, sin ir más allá y á las primeras de cambio, tropiezo ya con modismos vulgares: «á raso y á yuso: á diestro y siniestro: parar mientes». Dejemos este libro, que por ser sagrado no se le puede criticar una letra.

¿Cuál es el que le va en zaga?—Le sigue, le respondi, el Poema del Cid Campeador, escrito en el siglo XII, y primer fundamento de la poesía castellana.—Pues también, dijo, lo habremos de escudriñar. Tómole, y reparándole exclamó: ¡Mira que retahíla! ¡obieron corneja diestra: tomar la palabra: escapar sano y salvo. ni moro ni cristiano: dejarlo de su mano: cuando cante el gallo: tomar sin peso ni cuenta: dar bien al dano: merecer calzas: nacer en buena hora: á rienda suelta... y muchos otros que por no cansarte me dejo en el tintero.

Pasó el Poema del Cid. Y... ¿le sigue?...
Ese pequesuelo que está á su lado, le respondi; es muy grande: es la Celestina,

libro en mi opinion divi...
si encubriera más lo humá...

Es la primera tragedia, la primera comedia y la primera novela que se compuso en idioma castellano.—¡Linda pieza!, exclamó mi amigo; ya la conozco; pero reparame en una llana, y vé tú notando frases vulgares:

«Vete al diablo: si le dejo se muere, sino se mata: postema dura, si la pabres se encona: mudar el pelo: malo es esperar bien de muerte ajena: de lo vivo á lo pintado: algo es lo que digo: bien sé de qué pis cojeas: de otro temple está la gaita: estar en esus trece: sin pegar los ojos: estar en seco: un dia tras otro: se descubrió del enredo: ganar el sueldo durmiendo: rascar los pies á una vieja».

Basta ya de Celestina, que con su leyenda me estravió.

Y este otro, ¿qué casta de pájaro es?—Son, le dije, las obras del sublime Góngora.—¡Que me place!, respondi. Pues no escapará de mis uñas el ilustre arrepentido: tiende la vista por esta página... ¿ves que hormiguero?... «Con el alma y la vida: es un matasiete: otro que bien baila: un loco hace ciento: calza muchos puntos: razones de pie de banco: las pabres oyen: no quita lo cortés á lo valiente: burla pesada: aquí y allá».

Acabemos, amigo; este D. Luis es un maremagnum.

Y este otro, ¿quién es?—Ese tomo, le dije, es de los escritos por Santa Teresa.—Y ocupa ¡el quinto lugar! repuso admirado. A lo cual acudí yo: Mercediando el primero. Y él: Galante eres con las damas. No por ser dama, le repliqué, sino por santa, discreta, graciosa, en todo perfecta, honor de España y embeleso de los sabios... Pues no le ha de valer, me dijo entonces, su borla de doctora; aunque me temo no hallar ripio en su locucion angélica. Veamos; aquí topo con estos: «Andar yendo y viniendo: ni lo uno ni lo otro: dar con todo en tierra: de tarde en tarde: no digo nada: dar batarfa: por fin y postre: de todo punto: muy mucho: no hay más que pedir: á manos llenas: con esto y desotro: gota á gota: lo que hace al caso: su más y su ménos: pagarlo por junto: qué se me dá á mí: de un vuelo: mientras más mejor: nos lo adén guisado».

Pero basta, y doblemos la hoja, porque está á toca-ropa con el de la santa?—El Diablo Cojuelo, le contesté. Y él dijo: Detrás de la cruz el diablo; y el cojuelo nos fué robado; pero el que se lo apropió no supo traducir en su lengua nuestras frases vulgares, y como la justicia anduvo lista, por el hilo sacó el ovillo, y se resituyó el

diablo al padre que lo engendró. No hay para qué verlo; y lo volvió al estante.

Signen ahora, me dijo, un par de tomos.—Son, le respondi, los de Guzman de Alfarache.—¡Ah, pícaro miol exclamó: á esta buena alhaja habremos de mirarla con ojos de linco. ¿Quién te mojará la oreja, ó te echará el pié delante?... Aplica el oído y hazte cruces: «Cegar la pasion: volver la vista atrás: hacer tiro á zorra corrida: llevar yveltas las espaldas: poner la proa: hablar sin rebozo; dar márgon: en pocas palabras: tapar el portillo: dejar hacer baza: de siete capas como fiesta doble: bien haya el que á los suyos se parece: ponélese en el caprieho: levantar de punto: venir á cuento: la sangre se hereda, y el vicio se apega: de feria en feria; á tiro de escopeta: como quien no dice nada: en todas partes hay de todo: dé donde dé: á Roma por todo: no hay regla sin excepcion: sin más acá ni más allá: ir de capa caída; es predicar en desierto: al padre alcalde y compadre al escribano: robar á ojos vistas: allá se lo hayan: aquí paró el carro».

Párese de veras, le dije impaciente, porque el señor don Mateo nos va á confundir con sus metáforas. Casi, casi, estoy por decirte que solos los escritos de este agudísimo ingenio son más ricos en gracia de locucion que todas las historias escritas en las demás lenguas del mundo, incluidas la griega y la latina.

Prosiganos nuestra tarea. Los dos que están á su lado, ¿de qué tratan? me preguntó.

Son, le contesté, las famosas obras de Lorenzo Gracian. ¡Aquí estará el Criticon!—exclamó mi amigo: ¿Quién será el que no se dé una palmada en la frente al ver que en los tiempos de la manita se escribió tan á la fé todo cuanto pasa hoy dia en la corte de Madrid? ¡Y que nariz tan larga tuvo aquel santo varon! Oye y anota: «Traegar la malicia: guardar el aire; irse de entre las manos; no hallar agua ven el mar; con los brazos abiertos; irse á la par; sacar á luz; á contones y á remiendos; de tarde en tarde; de mil modos; sin saber como ni cuando; emprender los imposibles...»

—Deja, le dije al señor don Lorenzo, porque en agudezas vulgares no tiene fin: alcanza con respeto el que sigue: ¿Quién es? dijo, y yo...

—Son las admirables obras de Solís. ¡Santa María! exclamó. ¿Por aquí anda el señor don Antonio? ¿Cuántas cosas pudiera decirte de su señorial Nota que Solís es equivalente á este sol.

Y así Dios me ayude, como solo él supo historiar un mundo nuevo, y fué padre natural de don Querubin de la Ronda y abuelo de Gil Blas de Santillana. Repara aquí en estos romances como muerden las frases vulgares del castellano: «Abrir la boca un palmo; dar diente con diente; me lo quitó de la lengua; hizo la vista gorda; eso es historia; fresco como unas lechugas; salirse con la suya; roer los zancajos; andar pié con bola; tirarse los bonetes; zurrar la badana; es cosa de reir; con su retintin; soltar la maldita; ahí está el busilis; subirse á mayores; dítme con quien andas». Basta y sobra, le interrumpí; y él prosiguió: «venera estos libros, quitaes el polvo, ponlos sobre tu cabeza y guardalos como oro en paño». ¿Qué obra sigue?

Es, repuse, el Escudero Marcos de Obregon.—¡Cómo así! dijo mi amigo.—Esta es la perla más preciosa de Vicente Espinel, merece un fanal de oro para que el sol no la ofenda; mira que bordada está de discretísimas frases vulgares: «Oveja que bala pierde bocado; dar en casa; entretener el camino; sufrir la gotera; con el dedo en la boca; no paró aquí el cuento; salirse con la suya; se lo habla todo; caer en gracia; acepto el embite; á manos llenas; perecer de risa; echar ven el corro; á los ojos del mundo». ¿Quiéres más?—No, dije yo, porque esta revista se hace pesada.

—Pues dime, prosiguió: ¿Qué tomos son estos que están á continuacion?—Esos son los de las graciosas producciones de Miguel de Cervantes: y apenas tal nombre mis labios pronunciaron, paróse mi amigo de manera que me hizo sospechar habia perdido la razon.—¡Oh, tú!, exclamó al cabo de un rato, teniendo un tomo en la mano. ¡Oh, príncipe de los ingenios españoles, festivo huésped del monte Parnaso, regocijo de las Musas, astro que brillas sobre la cúspide de la colosal pirámide de la bella literatura, estirpador invicto de la de mal gusto, autor celeberrimo y maestro del buen decir! Por aquí andarán sueltos Rocinante y el rucio del escudero inmortal. Este libro aniquiló al mejor de los de Caballerías y á la turba multa que lo

defendía. ¡Quijotismo! artículo que aumentó Cervantes al idioma castellano: ¡Cervantes! como Homero disputado: antorcha que iluminaste á Isla en el famoso predicador de Campazas, á Alcalá en el Donado hablador, á Jovellanos en su Pan y Toros, á Moratin en la derrota de los pedantes, á Figaro en su dia de Difuntos y tantos otros como te imitan y no te igualan. ¿Qué podré decirte de sus cuentos, sentencias, refranes y vulgaridades castellanas, que levantan, realzan y colocan en el pírnculo del humano ingenio la fábula del Quijote? ¿Cómo, teniendo en tu repertorio, recelas de las frases de nuestro romance y haces escrupulo de que llamemos rabona á la burra que no tiene rabo, pelado al burro que no tiene pelo y desleguado al malsin que habla lo suyo y lo ajeno? ¡Oh, Cervantes! Tu le pusiste el cascabel al gato.—Amigo, díjeme entonces: pon en su sitio ese tomo, que se te ha calentado la lengua y hablas por la punta de las uñas.—Así me place, replicó.—Ya vas cayendo del burro: ¿ves como te has explicado y como te he comprendido?—Deja á Cervantes, repuse, que cuando tratas de él hablas por los codos. ¡Aleluya, y otra y la pegol! Ya entraste por vereda, cantaste la palinodia y hablaste como cada hijo de vecino sin andarte por las ramas. Pero, limpiate los ojos para ver esta caterva que está colocada de mayor á menor.

Son las obras de Quevedo, le dije; más si te parece las veremos otro dia, que estarás ya cansado.—No ha de ser así ni por pienso pensado: á ver, dijo abriendo un tomo, ¿de qué trata en esta página?—Ahí principia el celebrado Cuento de los Cuentos, le dije yo tomándole el libro; repara bien en lo que dice de nuestras locuciones más comunes en su carta á don Alonso de Leyva; vulgaridades rústicas (as llama) barridas de la conversacion.

Mira como se burla y ensaña, trina y maldice de todas ellas; remítate en la mofa y el escarnio que hace de «mi» en lo que digo; de pé á pá; erre que erre; una sad de agua; bailar el agua delante; en un dos por tres; en un santiamén; á moco de candil; poner pies en pared; ni teme ni debe; y otras del mismo género: asombrate y confiesa que este maestro de los maestros fué sin duda alguna el que le puso el cascabel al gato.—¡Por Dios, esclamó mi amigo, que si no me dejas abocar las del costal rebientol! Ese mismo don Francisco, en esa misma carta, escrita con deliberacion de estirpar nuestros modismos, cuando habló de su cosecha no se libró de aquello que como vicioso reprender queria. Allí fué, en la carta misma, donde se le escaparon contra su propósito «más recomendada que capa de pobre, desenterrar los huesos, no se parecen los ojos á las orejas, sacar á la vergüenza», y algunas otras que patentizan la razon de su sin razon. Y, ¿quién si no Quevedo fué el primero que consignó en sus preciosos escritos las frases vulgares de «como caido del cielo, por yerro de cuenta, sacar la cabeza, un tarse las manos, entender la treta, tender los ojos», y otras tantas que el referirias seria cuento de nunca acabar?

Á Quevedo, hablando en culto pudiera tu decirle: Señor don Francisco, para dogmatizar se necesita prevision; porque puede ver sus escritos algun crítico que los analice, encuentre la diferencia que hay de su teoría á su práctica y le ponga en contradiccion consigo mismo. Pero yo, utilizando mis ambages le diria: Amigo mío, esto de escribir pide su más y su menos; porque lo que tiene de dulce tiene de amargo, y al cabo de los años mil viene un mete-sillas y saca-muertos que pone al más pintado las peras á curto. ¿Cómo te agrada más? ¿qué estilo prefieres? ¿el tuyo ó el mio?—Eso va en gustos, le repliqué.—Hablaste como un oráculo, me dijo: Y serás tan tirano que pretendas subyugar al tuyo el comun de las gentes que con la costumbre formaron la ley del idioma y establecieron las irregularidades de los verbos. Además, sábeta que hay dos escuelas; una que rie y otra que llora. Demócrito y Hericlito fueron sus fundadores. La salud y la alegría corren pareja; la tristeza y acabamiento se dan la mano. Pocos hombres festivos tienen mal corazon y pocos conatos le tienen bueno; porque los serios caminan de ordinario á la soberbia y los risueños á la liberalidad. Observa y juzga. Esa filípica, repuse, no habla con Quevedo que de asaz, alegre, dió en ser desvergonzado.—¡Impostura! clamó mi amigo; no son de aquel ingenio las tonterías que se le atribuyen; ahora, si me dijeres que el señor don Francisco fué de aquellos de «oye lo que digo y no mires lo que hago», se-

ria harina de otro costal; porque es de tratar como basura las frases, sentencias y locuciones admitidas en nuestro romance, y consignar en sus escritos las de «yo labo mis manos, ne sé que sea, se metió en baraja, á Dios y á ventura, dar gato por liebre, con la palabra en la boca, se le hizo camino, que aloe el dedo, hacer del ojo le sacudió el polvo, andar á más diablo es él, nordiéndose las uñas, sin saber como ni cuando, con tanta boca abierta, justicia y no por mi casa, hablára yo para mañana, cuando el diablo predica el mundo se acaba, venir de punta en blanco, dar en la stecla, quien no te conozca te compra, no entrar de los dientes adentro, á siete estados debajo de tierra, dejarse morir entre dos paredes, reirse del mundo, andan malas lenguas, diciendo y haciendo» ¡eso! no puede tener perdon de Dios. Y sábeta también, que el Cuento de los Cuentos es la joya más preciosa de las obras de Quevedo; y tan rica que habiéndola imitado, después de un siglo, Villarroel, la vieron con mucho gusto los manes de don Francisco.—¡Ay, mi buen amigo! le dije: sino lo viera no lo creyera.—Y él: ningún jorobado se vé la joroba. Quédate en paz y no te hilvanes los sesos para ir contra la corriente, porque sacarás lo que sacó el negro del sermón, la cabeza caliente y los piés frios.

Entonces nos abrazamos, nos despedimos, le acompañé hasta la escalera, y pnesto el pié en el peldaño, volvió la cara y me dijo: En tu librería falta una coleccion de cuatro tomos que anda por ahí á sombra de tejado.—¿De quien son? pregunté.—Son, dijo, de un autor que á la elocuencia de nuestros Luises (ya se sabe) reúne la pureza de Góngora, el gracejo de Cervantes y la ortografía de Moratin.—¿Quién es? volví á preguntar.—Y él: ¿gestamos solos?—Sí, le dije.—Pues es... es... el Rancio.—¡Cómo! exclamé: ¿el P. Alvarado?—El mismo que viste y calza; busca sus cartas, y si puedes hacerte con ellas, no las sueltes á tres tirones; sino guardalas donde no lo sepa la tierra, porque si traspasa que las has te tendrán por faccioso.—¡Cáspita con lo que sales! le dije: ¡pues no faltaba otra cosa sino que estas gentes badulaques osen mancillar el génio que no brilla en su falange! ¡Vaya! si tienen cosas del diablo. Y él, con el dedo en los labios bajó la vista y la escalera, y tomándome la calle más aprisa que corriendo me dejó con un palmo de narices. Vime solo, ten tóme Barrabás, me cegó la vanidad, y creyéndome otro del que soy en purid ad, me puse neciamente á imitar á Quevedo en su Cuento de los Cuentos con mi Charla de las Charlas; y tal como la parió mi pobre calle la ofrezco á un amigo para que se ria con ella, como recuerdo de mi amistad.

MARIANO SORIANO FUERTE

EL TORO

FÁBULA

Escapado del corral un toro salamanguino dió á orrer por el camino como corre ese animal. Todo el que á verle llegaba de terror se estremecía: aquí una mujer caía; allí un chiquillo volaba; y gracias si ciego el bruto por su propia rabia fieri no sem ró la carretera de cadáveres y luto. Por fin el toro paró al llegar á una posada, tras cuya puerta entornada el posadero asomó desde donde pudo ver con plena calma y sosiego lo que por él supie luego y ustedes van á saber. De un colvertizo en el muro cierto pintor trahumante gineo en rojo elefante pintó un indio verde oscuro. Y sobre cielo zafir un rótulo que decía: —Posada de la alegría para comer y dormir.— Era el grupo natural, y lo mismo fué fijarse allí el toro, que arrancarse con furia de vendabal. Pero el muro resistió, mientras de dol r transida, rotos los cuernos y herida, la bestia se desplomó. Vie do el lance el posadero, sin vacilar un minuto abrió la puerta, y al bruto dijo entre grave y chanceros: «¿duda estivo; cruz mi elefante, juro, á igo, si el no se meto contigo ¿á qué te metes con tí?»

MANUEL DEL PALACIO.

LOS PÁJAROS

Hay niños criminales, que, escalando los árboles frondosos, decididos el riesgo despreciando, arrancan a los pájaros sus nidos: los pájaros se quejan y en confusión volando rápidos de los árboles se alejan. Huyen a otras regiones en band. pero a labrar sus nidos no se atreven temiendo que otras años despirar de nuevo se los lleven: inquietos, revoltosos, andan volando, siempre temerosos; examinan los árboles, se juntan, se esconden en los huecos del ramaje al más tenue rumor, y en su lenguaje "¿También habrá aquí niños?" se preguntan.

JOSE DE VELLILLA.

IBSEN Y DAUDET

Cuando se publique este artículo ya habrá llegado a noticia de los lectores menos diligentes en averiguar lo que sucede fuera de España en asuntos de literatura, el buen éxito alcanzado por Alfonso Daudet en el teatro llamado *Gimnasio*, de París, con el estreno de una obra dramática titulada *El Obáculo*. Es comedia de tesis, y por las señas, obedece a todo un plan de filosofía espiritualista que el autor del *Nabab* se propone llevar al teatro, para oponerle, como triaca, al veneno de las famosas leyes del materialismo moderno referente al modo de la *evolución* mediante la selección, la adaptación al medio, la lucha por la existencia, la herencia, etc. En efecto, en un drama representado hace tiempo, Daudet combatía la *lucha por la existencia* en cuanto pretexto de algunos mundanos vividores para medrar sin escrúpulos, y caiga el que caiga.

Hoy le toca la vez a la herencia, y Daudet en *El Obáculo*, combate, no la verdad del orden fisiológico que puede haber en esta ley material estudiada por los modernos sabios, sino la extensión y trascendencia filosófica y moral que por muchos se quiere dar al principio y sus conclusiones. En el estreno de *El Obáculo* no todo el monte ha sido orégano, pues al parecer, en el momento de querer una madre sacrificar su fama, su honor, por salvar a su hijo de la aprensión de la locura, el público, que allá como acá, quiere que los personajes de la comedia sean moderados en sus afectos, se impacientó un poco. Por fortuna, Daudet, que no en balde se parece al pintor aquél que Zola nos presenta en la *Obra*, eclipsando al maestro á fuerza de transacciones disfrazadas de atrevimientos, Daudet no extrema las cosas, y no hace más que señalar el sacrificio de las reses en las plazas de toros de París. Desde aquel momento el público ya no presenta más obstáculos al *Obáculo*; se llama, se ama al prójimo con aquel amor de teatro que ya Voltaire describía; y el ilustre valetudinario, discípulo de Flaubert, aunque no muy fiel recibe el homenaje del *todo París* de los estrenos, que desfila ante él en el saloncillo, como si dijéramos, para manifestarle que está conforme con la teoría de que nos vendría muy bien que, en caso de tener un ascendiente loco, pudiéramos vencer la tendencia hereditaria á fuerza de pensar mucho y con reactivos espirituales.

El *Diario de los Debates* no se entusiasma con este optimismo, á pesar de ser él un burgués de los más reflexivos; y dice que *El Obáculo*, aunque enterneció al público, es obra lánguida é incoherente. Debo advertir que esto no lo dice el crítico de plantilla, el simpático Lemaître, sino el anónimo adjunto de las noticias teatrales.

En cambio, Alberto Wolff en el *Figaro*, echa las campanas á vuelo. El famoso cronista *tudesco-parisiense*, crítico de letras á ratos y crítico de pintura en cuanto se abre el *salon*, elogia siempre que hay pretexto á Alfonso Daudet de una manera desmesurada, acaso...

porque tenga envidia á las que por dársela á Teresa.

es decir, acaso más por dar envidia á Goncourt y á Zola que por halagar á Daudet; pero ello es que le pone en los cuernos de la luna. Pues este Wolff, que fué el que dijo, no sé con qué fundamento, que *Safo*, la novela, colocaba á su autor á la cabeza del naturalismo francés, ahora compara *El Obáculo* de Daudet con las obras, que no cita, de Ibsen en que se trata el mismo asunto, la *herencia* fisiológica. Y aunque nada dice Wolff contra el autor escandinavo, parece desprenderse de su composición que la manera de tratar en el teatro Daudet esta materia difícil es preferible á la de Ibsen. En efecto, en *El Obáculo*, siguiendo la *narración* del mismo cronista del *Figaro*, la *herencia fisiológica*

no llega á presentarse, es el enano de la venta; el personaje aquél que pedía la armadura á un gran trágico para gritar ¡alerta! entre bastidores. En cambio, en Ibsen, en su drama *Los Aparecidos* (que supongo que será al que alude Wolff) la herencia se muestra no en forma de tesis, sino como las cosas deben presentarse en escena, en cuerpo y alma, en la figura de Oswald Alving, pintor. En el teatro libre de Mr. Antoine se ha representado ya *Los Aparecidos* (*Les revenants*, en francés) y á juzgar por los periódicos, se vio lo que tiene el drama de admirable. Sin embargo, sea porque el teatro libre no es público oficialmente, y aunque por dinero, como en todo, se entre en él, el número de espectadores que le frecuenta es insignificante en comparación del gran público de los teatros principales; sea porque, como se temía, lo extraño de la obra llegó á vencer de veras las preocupaciones tradicionales del gusto predominante, ello fué que *Los Aparecidos* de Ibsen no tuvieron, ni con mucho, la resonancia de una de estas obras genuinamente francesas que en París se aplauden hasta por patriotismo. *El Obáculo*, por ejemplo, ha hecho infinitamente más efecto que la obra del autor noruego. Y con todo, por lo que se refiere al interés dramático (que es lo que importa) de la enfermedad hereditaria y sus consecuencias, no cabe duda que va de la obra de Ibsen á la de Alfonso Daudet lo que va de lo vivo á lo pintado.

Yo no comparo, en general, al autor del Norte y al paisano de Tartarin: no cabe comparación; son hombres muy diferentes y su arte tiene que serlo también. Ibsen es, puede decirse, principal, casi exclusivamente, autor dramático; y en Daudet lo principal es el novelista; en Ibsen hay todo un pensador, y pensador revolucionario; un refractario de alto vuelo; Daudet tiene, como mayor deficiencia de su gran ingenio, el límite estrecho de sus miras; puede decirse que no ha pensado siquiera en las grandes cosas, que son lo principal, sobre el fondo de los mejores dramas de Ibsen. Los atrevimientos de Daudet se limitan á retratar del natural, sin escrúpulos ni miedo, reyes destronados, fúceres, ministros, literatos, cómicos, bailarinas, etc., etc.... Todo eso es algo, mucho en su género; pero en el mundo hay mucho más. Solo en ciertas delicadezas escapa Daudet al alcance intelectual del vulgo *ilustrado*; por esto suelen preferirle los carneros de Panurgo del pensamiento á Zola, Flaubert, y ahora á Ibsen.

Daudet es uno de tantos hombres modernos que, respecto de los grandes intereses ideales, no profesan más que una especie de escepticismo prudente y discreto, oculto ó disimulado, cuya práctica constante consiste en abstenerse de tocar materias metafísicas ni nada que con él se dé la mano. Para el arte de Daudet, el interés de la vida empieza en lo relativo, y las más veces radica en lo convencional. Destruir, ó combatir por lo menos, un convencionalismo de esos que pasan pronto por sí mismos, una moda, le parece poner una pica en Flandes. No hay más que ver cómo aborda estas cuestiones que ahora trae entre manos en sus comedias, para comprobar que no es capaz, como poeta á lo menos, de mirar su asunto sino desde un punto de vista de poco alcance, en atención á un utilitarismo inmediato.

Ibsen peca por lo contrario. A fuerza de ser artista no echó á perder, por pura abstracción, las obras que sirven como de símbolo á sus ideas de innovador. La preocupación predominante de este poeta nos recuerda, á su modo, las grandes asperezas y las grandes revoluciones ideales de los místicos y sonadores de Italia, que creían llegada la hora del *Evangelio Eterno*.

En efecto, una tercera ley es lo que viene á pedir Ibsen; en el siglo XIX, y tal como hoy puede ser esto, Ibsen, descontento, pide algo semejante á lo que querían los Joaquín de Flora, los Juan de Parma. Reconoce, como dice Eduardo Rod, la fuerza histórica del cristianismo, su necesidad, pero aspira á un tercer reinado, que no define, pero que sería en el fondo la reconciliación entre la teoría del placer, esencia de las creencias paganas, y la teoría del sacrificio, de la abnegación y renuncia, base de las doctrinas cristianas.

En efecto, esta tendencia, este anhelo se ve en la Señora Alving de los *Aparecidos* que después de muchos años de sacrificarse siente *remordimientos* por su propia abnegación, *remordimientos* de haber olvidado su propio derecho; se ve también en la *Nora* de *La casa de la muñeca*, que habiendo llegado hasta el delito por el amor de su esposo, cuando vé el egoísmo de éste en su triste desdén, recoge su sacrificio y abandona el hogar que ya no considera suyo desde que la frialdad del marido ha echado nieve sobre el fuego. Y sobre todo, se vé la idea de Ibsen respecto de este apocalipsis místico-sclomista con que sueña en su drama más notable, que se titula *Emperador Galileo*.

Basta con estas ligeras indicaciones para comprender que es Ibsen hombre y artista de muy diferente índole que Daudet, y es natural que al referirse

al mismo asunto la herencia fisiológica, en su respecto patológico, mientras el francés huye, en rigor, las dificultades del compromiso, el noruego las plantea á su modo y las resuelve sin miedo, dando un carácter plástico á la materia que en *El Obáculo* no aparece ni por asomos.

Voy á comparar el cuadro y se verá gráficamente probado lo que digo. Primeramente resumiré el argumento de *El Obáculo* y después expondré el de *Los Aparecidos* deteniéndome en extractar alguna de las escenas culminantes. Todo lo cual ya será en otro número del *Suplemento*.

CLARIN.

(concluírá.)

EL TRABAJO

¡Bendíceme la Paz!—La Inteligencia me imprime dirección; la Fé me guía, la Constancia estimula mi energía; mis defectos corrige la Experiencia. Brindo grato reposo á la Conciencia; sin mi Libertad sucumbiría y la ruin Ignorancia triunfaría en su eterno combate con la Ciencia. Perpetúa mis méritos la Historia; la Igualdad de las razas simbolizo; mis éxitos sancionalos la Gloria. La Fortuna me rinde su agasajo, y el Progreso su culto... ¡Sintetizo la humana redención! ¡Soy el Trabajo!

CALIXTO BALLESTEROS.

Á MI MUJER LEGÍTIMA

Ven á mi lado, ven, la tibia estancia dulce reposo y bienestar nos brinda, deja que una vez más beban mis ojos la luz de tus pupilas. ¿Dónde hubo amor igual? Nada le falta, la fé ejemplar, la posesión tranquila, ni recelos, ni quejas, ni una nube viene á empañar su dicha. Han pasado los años y en tus labios hay el mismo calor, la pasión misma. ¿Sabes qué dice el mundo? ¿No lo sabes? ¡Que no hay poesía!

¡Cuán amoroso en tu conducta observo la inteligencia y la virtud unidas! ¡Cuán amante en mis obras te complaces y pagas mis desvelos con caricias! Nunca el amor sublime y legendario tocó en la realidad tan alta cima; sentimos con un cuerpo, discurrimos con una mente misma, Y, en tanto que tranquilos y gózosos cruzamos el desierto de la vida, del amor renegando dice el mundo ¡Que no hay poesía!

Como temprana flor, en blanda cuna como las píeles del armío limpia, nuestro hijo duerme, y en su casto sueño dibuja una sonrisa. Velemos ese sueño de querube, que no despierte y luego con delicia cubriremos de lágrimas y besos sus nítidas mejillas. Deja que, al par que amantes le velamos, de esperanzas y amor el alma henchida, diga el mundo otra vez con frase amarga ¡Que no hay poesía!

ANTONIO ZOZAYA.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Una de las cosas que más estrañeza produce á todo extranjero que llega á Londres por primera vez, es ver la importancia excepcional que aquí se concede al tiempo que hace.

El inglés más desabrido y seco, que por nada del mundo se dignaría contestar á quien le dirigiera la palabra, si previamente no le hubiera sido presentado, no resiste á la exclamación de *¡Very fine weather!* (¡Qué buen tiempo hace!) y ya tiene V. entablada la conversación contestando invariablemente el interpelado *¡Very good indeed!* (¡En efecto, es muy bueno!)

Y por supuesto, ese buen día, para que por tal lo considere un inglés, basta con que sea (el día, no el inglés) uno de esos días tristes, lúgubres, oscuros en que no llueve más que dos ó tres veces; pero ni graniza ni nieva. Los ingleses son fáciles de contentar en este punto, entre otras razones, por la muy esencial de que no está en su mano el remediarlo.

Recuerdo, á propósito de esto, que hablando un día con una lady de singular belleza y reconocido ingenio, conviniendo con ella en todas las excelencias de su país, no pude menos de decirle:

—Todo lo que usted dice es cierto; pero no me negará usted que el clima de Londres es detestable.

A lo cual me contestó con la mayor sencillez.

—Pero confiese usted que el clima no lo hemos hecho los ingleses.

Significando el hilo de mi narración, diré que solo una cosa tiene en su abono el clima de Londres: el de ser sano ordinariamente.

Y digo ordinariamente, porque cuando de sano se convierte en mortífero, es para echarse á temblar pensando á dónde iremos á parar si no cambia el tiempo.

Durante la última semana, el tanto

(1) Soneto que obtuvo primer premio en el certamen literario de Alcala.

por mil de mortalidad, que ordinariamente es de 21 por mil, ha subido á 27.

No ha habido un solo caso de viruela, disentería, ni cólera; pero en cambio los fallecimientos atribuidos á la crudeza del tiempo y las nieblas han sido tres de *influenza* y ochocientos cinco de enfermedades de los órganos respiratorios.

Ordinariamente el término medio de estos fallecimientos no excede de cuatrocientos; pero en la penúltima semana llegó á setecientos cincuenta y tres y la que termina hoy á ochocientos cinco, como ya he dicho.

Solo hay un consuelo, y es que entre ese número de muertos se cuentan uno que tenía ciento años, y diez y seis que pasaban de noventa.

En prueba de que el frío aquí, si no tan grande como en Rusia (donde el Mar Negro está helado, cogiendo presos en él tres buques ingleses bloqueados por el hielo) ha sido bastante para que se hayan helado unas cuantas personas.

Entre otras, según cuentan los periódicos, el correo de Dover á Cantorbéry, conducido por silla de posta.

Salió hace tres noches, como tenía de costumbre, y fué deteniéndose en todos los puntos del tránsito. Como la noche era excesivamente fría, no se dió importancia al hecho de que no hablase el conductor á los administradores, cuando éstos salían á sacar del coche la balija y meterla y reemplazarla con la de cambio.

Cuando llegó la mala á Dover, término del viaje, se notó que el conductor no bajaba del pescante.

Viendo que no respondía, y creyendo que se habría quedado dormido, subieron á despertarle y se encontraron con que estaba helado.

Sin duda los pobres caballos acostumbrados á detenerse todos los días en las administraciones de tránsito, lo habían hecho esa noche con la regularidad acostumbrada.

Una coincidencia sumamente notable acaba de tener lugar.

A los pocos meses de haberse decretado el divorcio de la señora Crosfort, su cómplice sir Charles Dilke heredó de un pariente cuarenta mil libras, siendo de advertir que la herencia fué á título de compensación por haberle perseguido con la demanda de divorcio.

Ahora una tía de la senora que fué de O'Shea, divorciada recientemente, ha dejado de herencia á su sobrina diez y nueve millones de reales!

«No hay mal que por bien no venga.»

Lo notable de esta herencia es, que la expresada tía había testado antes del divorcio, dejando la mitad á mister O'Shea y la otra mitad á un hermano de esta; y después ha hecho nuevo testamento anulando el anterior y nombrando á la *divorciada* heredera universal.

Malas lenguas han hecho correr la voz de que la anulación del primer testamento fué debida á la intervención oficiosa de Mr. Parnell, pero parece que no es así; y que dicho señor no ha intervenido ni aun *oficiosamente* en el asunto de la herencia de los diez y nueve millones de reales.

El inolvidable Figaro, el más ingenioso y profundo de nuestros escritores satíricos, preguntaba ¿no se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?

Esta duda nos inspira á nosotros una pregunta análoga, ¿no se comientan antes más crímenes que ahora, ó si se comientan, es que por falta de publicidad no eran conocidos y parecían menos que hoy, en que al cabo de una semana se sabe en todo el orbe lo que en todo el orbe ocurre?

Así debe ser, porque no en balde está el mundo sometido á la ley del progreso.

Hay, sin embargo, crímenes que no se concibe que lleguen á cometerse. Uno de esos ha acaecido en Liverpool el mes pasado, produciendo profunda sensación.

El autor de él ha sido un obrero llamado Macdonald, hombre de pésimos antecedentes. Condenado á diez años de trabajos forzados, por delito de violación, que hace poco había terminado su condena y salido de presidio.

Ana Holt, joven de diez y ocho años, pasanta de una escuela normal, joven de singular belleza, despertó los líbricos instintos de Macdonald.

No solo no alentó la joven las pretensiones del criminal, sino que le miraba con horror desde el primer momento en que se apercebó de que la seguía en la calle.

El 10 de noviembre último salió la desventurada joven de su casa para ir á la escuela, pero no llegó á ella ni regresó á su casa por la noche.

Dos días después fué encontrado su cadáver en un campo, y recayendo graves sospechas sobre Macdonald, fué este preso.

Al confesar su crimen dijo que la joven le miró con desprecio cuando él la propuso su amor, en el momento y lugar donde momentos después le tuvo á su lado. V. en toda disculpa añadido

que la joven se defendió y le pegó con la sombrilla, produciéndole su resistencia tal rabia, que la mató. ¡Vaya un amor que sentiría por ella cuando por tan fútil motivo le quitó la vida!

La descripción de la lucha es horrible. Dos veces logró levantarse la infeliz, hasta que vencida y exánime cayó muerta.

El 31 de diciembre fué ahorcado Macdonald, habiendo dado pruebas de sincero arrepentimiento durante las tres semanas que ha estado en capilla.

La última carta que ha escrito dirigida á su tía, y que se ha publicado en todos los periódicos, merece conocerse.

Dice así: «La mano que escribe estas líneas cuando usted las lea estará fría é inerte. Yo habré ya comparecido ante la temida presencia de Dios Todopoderoso y le habré dado cuenta de cuanto he dicho y hecho en este mundo. Usted no puede figurarse lo que siente el que está próximo á comparecer ante el temido juicio, en presencia de nuestro Rey Todopoderoso. Déjeme usted tener una esperanza, la de que podrá perdonarme los pecados que he cometido. Mañana á estas horas debo ya conocer el gran secreto. Si alguna vez le acusa á usted la tentación de satisfacer una pasión, piense usted en mi triste fin y tendrá usted firme voluntad para no pecar. Mañana debo encontrarme frente á frente con la infeliz joven que abandonó este mundo el día 10 de noviembre... Espero que es hoy feliz, que Dios ha dado paz á su alma. Compadezco á su pobre madre que ha quedado desolada. Adios.»

En la ejecución de Macdonald ha habido la particularidad de que el famoso Berry, ha aplicado el nuevo procedimiento para ahorcar con más rapidez, con éxito completamente satisfactorio.

El 20 de diciembre ha cumplido 81 años de edad el jefe del partido liberal, Gladstone. Más de mil seiscientos entre cartas y telegramas de felicitación ha recibido en ese día.

En la imposibilidad de contestar á todos ha publicado una circular en los periódicos, que concluye así: «Sirva, pues, esta carta de acuse de recibo y crean todos que esta falta mía no es en manera alguna falta de gratitud por las felicitaciones con que me he visto honrado.»

Nada, sin embargo, puede asegurarse acerca del rumor que anda muy acreditado acerca del deseo de retirarse á la vida privada el anciano jefe del partido liberal, á quien la crisis irlandesa ha disgustado profundamente, y no solo no lleva trazas de acabarse, sino que cada día presenta peor aspecto.

Dicen de los españoles que somos bárbaros porque nos gustan las corridas de toros, y eso lo dicen más alto que todos los ingleses, que, no solo conservan las luchas de pugilato y boxa, sino que permiten actos de salvajismo como el siguiente.

Uno de esos gayanes de feria que van ganándose la vida enseñando un oso ofreció diez chelines á todo el que quisiera luchar con el oso y hacerle rodar por el suelo.

Dicho se está que no había ninguno que aceptase el reto, pero uno de esos pocos estúpidos que hay en todos los países, como tipos de la especie, aceptó la oferta hace unos días, y se adelantó á luchar con el oso ante numeroso público.

Picton, que así se llamaba el competidor del oso, era un hombre forzado, de doce arrobas de peso y de una fuerza hercúlea. Así es que luchó con brio y logró esperar al animal, que acabó por enfurecerse y tirarle al suelo, infiriéndole heridas tan graves, que aquella misma noche murió en el hospital.

Del valor de la pnesta que en 1890 han producido los seiscientos ocho caballos de tres años, que han sido inscritos para tomar parte en las carreras y ha ascendido á la respetable suma de 446768 libras esterlinas, han correspondido, por orden de mayor á menor, entre los que han ganado más de 10000 libras esterlinas los siguientes:

Núm. 1. Duque de Portland.....	29.903
2. M. J. Hestwellworth.....	14.123
3. M. H. Milner.....	14.089
4. General Byrne.....	13.989
5. Mr. A. W. Merry.....	13.922
6. Mr. Abington.....	11.882
7. Coronel North.....	10.634
8. Lord Calthorpe.....	10.502

El duque de Portland ha conservado este año el primer puesto, como lo tuvo el año anterior; sin embargo ha ganado mucho menos en 1890 que en 1889 en que ganó 72.859 libras esterlinas. Mr. Milner, que ha descendido al tercer puesto, en 1889 obtuvo el segundo, ganando 21.546 libras esterlinas.

Los caballos que han ganado y las cantidades que les han correspondido en las carreras de 1890, han sido los siguientes:

San Simon.....	32.799
Weldon.....	20.407
Benbow.....	17.627
Springfield.....	17.208
Barcadine.....	16.856
Charibert.....	13.818
Poirarca.....	13.290
Robert le diable.....	11.719
Isomonny.....	9.636
Trapista.....	9.439

Los nombres de los jockeys victoriosos en 1890, los encabeza también, como en 1889, T. Loates.

Hé aquí los nombres y las carreras que han corrido y ganado, por orden de mayor á menor.

CARRERAS		
	CORRIDAS	GANADAS
1.º Loates.....	24	147
2.º Barret.....	23	106
3.º Wallis.....	22	95
4.º Kikaby.....	21	78
5.º Jagan.....	20	68
6.º Calder.....	19	63
7.º Cannon.....	18	63

La inventiva y audacia de los lirones raya en lo increíble, y el hecho que vamos á referir es la prueba más concluyente de que no hay nada, por sagrado que sea, que no se convierta en objeto de robo.

Un doctor de Dublin acaba de ser víctima de una estafa.

Dada la ansiedad con que los enfermos de todos los países, y los médicos de los mismos solicitan todo remedio eficaz para curar un padecimiento mortal, no es extraño que el Dr. G..., de Dublin, manifestase deseo de obtener un frasco de linfa Koch, para ensayarla en sus enfermos en el hospital de que es profesor.

Recibió de Berlin una carta de un tal Bongues, pidiéndole 15 libras esterlinas por un frasco, y el doctor se apresuró á enviarle la letra, por dicha suma, que el estafador entregó como parte de pago de su cuenta en el hotel en que paraba.

Temiendo el doctor haber sido víctima de una estafa, telegrafió para que no se pagase la letra, y el dueño del hotel comunicó la noticia á la policía. Ya era tarde, porque el estafador se había escapado, no sin llevar á cabo otra nueva estafa, la de cobrar 25 libras esterlinas de un hermano del Dr. G..., que reside en Berlin, y á quien envió un telegrama supuesto firmando por su hermano.

De aquí á recibir linfa falsificada, no hay más que un paso, lo cual es mucho más grave, por lo que creemos que los doctores tendrán la calma de esperar y no expondrán la vida de sus enfermos, por hacerse con linfa, sin estar absolutamente seguros de que es la genuina del Dr. Koch.

Signen las huelgas de obreros inspirando profunda preocupación, pues apenas se ha logrado dominar una, surge otra nueva de peor especie.

La última de Escocia ha empeorado de carácter, llegando á darse el caso de *apédrear* á los maquinistas, á quienes ha sido preciso llevar al hospital en estado bastante grave. Además de eso, han intentado los huelguistas hacer descarrilar el tren. Todo porque no les signen los que prefieren seguir trabajando y ganándose la vida sin riesgos como los que se exponen á sufrir los huelguistas.

Piden éstos, ahora, fijación de diez horas, como máximo de trabajo, contadas cotidianamente y no por quincenas. Un cuarto de paga más del salario ordinario por las horas extraordinarias.

Los domingos, no cobrarán más que medio salario. Los empleados del servicio activo no trabajarán más que ocho horas, como *máximum*. Se les darán todos los años licencias. Será abolido el sistema de trenes de excursión y reemplazado por el de turismo de pasajeros y mercancías, por una indemnización de camino. Se garantizará á todo empleado, *cualquiera que sea su categoría*, una semana de trabajo, y cuando se les avise para darles instrucciones, se les pagará el día de salario como si trabajasen.

Las compañías, como es natural, rechazan estas condiciones; pero dos sociedades de Inglaterra, compuestas nada menos que de 80.000 asociados, han publicado un manifiesto haciendo saber que si la huelga de Escocia se prolonga en detrimento de los empleados, ellos seguirán el ejemplo de los huelguistas.

Hasta ahora las demás sociedades de Inglaterra y de Irlanda continúan siendo neutrales, y se contentan con manifestar simpatías *platónicas* á sus compatriotas los escoceses; pero esto no es nada tranquilizador, porque de un momento á otro pueden cambiar su *platonismo* por otro medio más eficaz de demostrar su simpatía.

La comida dada el día 1.º de año en Brighton á 4.000 niños, ha sido un acontecimiento extraordinario y grato á las pobres criaturas, que por lo menos una vez al año han disfrutado de una comida excelente.

Sopa, buey asado (roastbeef), patatas asadas, plum-pudding y naranjas de postre, y leche ó limonada. Hé aquí el *menú* servido en dicho día.

Los rapaces hicieron honor al banquete y se dejaron servir por doscientos criados entre trinchadores y mozos, que voluntaria y gratuitamente se ofrecieron á servir la comida, que duró dos horas.

Muchas señoras presenciaron desde las galerías el banquete, que tuvo lugar en el Dome, inmenso salón para

concertos, provisto de un órgano monumental.

El espectáculo de oír cantar á los niños canciones populares, acompañados por el órgano, era sorprendente.

A la salida cada niño recibía una prenda de abrigo como regalo.

Una historia que, si no es una novela, dá mucho que pensar, es la siguiente:

Un joven oficial, de familia aristocrática, hallándose en completo buen estado de salud, fué sorprendido con una visita inesperada.

El visitante era un sacerdote que se presentó al oficial diciéndole que una persona acababa de estar en la sacristía de su iglesia y le había rogado que viniese á preparar cristianamente á un joven por quien grandemente se interesaba.

El oficial recibió, sonriendo, al sacerdote, y creyó al principio que se trataba de alguna broma preparada por sus compañeros; así es que se contentó con responderle:

—Esa persona se ha equivocado y no puede referirse á mí, que no he dado á nadie la comisión de ir á buscar un sacerdote, por la sencilla razón de que me siento perfectamente bueno. Tal vez sea algún compañero mío que haya tratado de darme una broma.

—En cuanto á eso, puedo asegurar á usted que no ha sido un hombre quien ha ido á buscarme y hablarme.

—¿No ha sido un hombre?

—No, señor; ha sido una señora.

—¿Una señora?... ¿y qué señas tenía esa señora?

—Me es sumamente fácil contestar á usted, porque precisamente veo colgado en la pared su retrato. La señora de quien es ese retrato es la que me ha hablado.

Y señaló á un cuadro al óleo que había en la habitación.

—¡Pero caballero—dijo el oficial,—eso no puede ser!... ¡Ese retrato es el de mi madre, que murió hace tres años!

—Pues yo le aseguro á usted que la señora que habló conmigo se parecía como una gota de agua á otra, á ese retrato. Nada se ha perdido; yo me vuelvo á mi sacristía, y suplico á usted me perdone haberle molestado.

El joven acompañó al sacerdote hasta la escalera; pero le hizo tanta impresion el hecho que le rogó que antes de marcharse le preparase para poder tomar el Sacramento, y así lo hizo.

Después de confesar y comulgar, salió á sus ocupaciones habituales y se retiró á su casa, á la hora de comer.

Aquella misma noche, á las diez, espiró.

La muerte fué producida por la ruptura de una aneurisma.

B. DE OYA.

Londres, 4 de enero de 1891.

DESDE EL BOULEVARD

Dentro de pocos días la Comedia Francesa nos ofrecerá uno de los acontecimientos teatrales de la temporada con el estreno del drama de V. Sardou, *Thermidor*.

Parécenos que han de interesar á esos lectores que conocen á Sardou y le han aplaudido casi tanto como los franceses, algunos detalles sobre la historia de este drama y el adelanto de algunas noticias sobre el drama mismo.

Remonta á larga fecha, á más de veinte años, la época en que primeramente pensó Sardou escribir *Thermidor*.

Al teatro de la Gaité fué destinado al concebirlo, y á Paulin Menier y á Dumaine—dos grandes actores de melodrama de aquel tiempo—fué destinado el papel de Labussiere, verdadero protagonista de la obra.

Pero como durante el último Imperio no pasaban fácilmente las obras *revolucionarias*, la censura, previamente consultada, no se mostró muy propicia, y Sardou, que ya entonces no gustaba de perder el tiempo, guardó en las profundidades de los cajones de su mesa el plan completo de su obra, que todavía no tenía título definitivo.

Posteriormente varios directores de teatro pidieron á Sardou la obra, pero éste no pensó seriamente en acabarla hasta que, habiendo salido Coquelin de la Comedia Francesa, tuvo la idea de dar el papel de Labussiere al notable actor transfuga de la casa de Moliere, al cual debía entrar en el teatro de la Porte-Saint-Martin.

Duquesnel, director de este teatro, que no tenía obra importante en que presentar al público del boulevard tan gran artista, consintió de Sardou que éste hiciera de *Thermidor* un gran drama y del personaje Labussiere un gran papel tragi-cómico á la medida del temperamento artístico de Coquelin.

La obra, á la cual se puso enseguida el autor de la *Tosca*, hecha para un teatro como aquel, era mucho más extensa en los detalles y encerraba varios cuadros puramente de *mise*

en scene. Gran acompañamiento, numerosas decoraciones, un gran espectáculo, en suma, sirviendo de lujo marco al asunto y que el autor ha suprimido al llevar su drama á la Comedia Francesa.

Como Coquelin tenía que marchar á América en marzo de 1890 y Sardou no podía comprometerse á entregar la obra sino en febrero, *Thermidor* podía aspirar solamente á treinta ó cuarenta representaciones, lo cual no podía convenir á su autor. Esta fué la causa de que el teatro de la Porte-Saint-Martin no tuviera el alto honor de estrenar el drama ni de que pisara sus tablas Coquelin mayor.

Pero el trabajo estaba hecho y no era cosa de que autor como Sardou se quedase sin utilizarlo.

Refundido completamente, lo condensó, suprimió toda la parte inútil de gran espectáculo, y el melodrama del boulevard quedó transformado en un drama histórico digno de la casa de Moliere.

Pero el actor necesario había huido de la casa paterna. Sardou, con su drama bajo el brazo y su gran influencia se consagró á hacerle regresar y la vuelta del hijo pródigo fué pronto un hecho.

No bastaba esto. El autor necesitaba, además Coquelin, un actor que respondiera á su idea para un papel de galán joven ardiente, apasionado y convencido. Worms parecía poco joven, Monnet Sully demasiado heroico y esta es la verdadera razón de que Marais, ventajosamente reputado en el Gymnase, pasara como *pensionnaire* á la Comedia Francesa para encargarse de un papel en *Thermidor*.

Con estos antecedentes, Sardou leia *Thermidor* en el Teatro Francés al día siguiente de estrenar *Cleopatra* en la Porte-Saint-Martin.

El protagonista del drama es el actor Labussiere que fué, como es sabido, secretario del Comité de Salvación pública.

Según cuentan las crónicas—por más que algunos historiadores desmientan el hecho—Labussiere se valió del puesto de confianza que ocupaba para salvar la cabeza á sus compañeros de la Comedia, todos más ó menos destinados á la guillotina por el terrible comité.

No sabiendo cómo arreglárselas para destruir sin comprometerse personalmente los expedientes de sus camaradas que obraban en los archivos del comité, discurrió un medio singular que está muy dentro del carácter mistificador de esta interesante figura.

Como era gran aficionado á pescar con caña y todas las mañanas iba á satisfacer su pasión favorita á orillas del Sena por la parte de la isla de San Luis, una vez instalado y caña en ristre mojaba bien los papeles que formaban los terribles expedientes y bien reblandecidos hacía con ellos bolitas que le servían de cebo para los peces.

El drama de Sardou comienza con esta anécdota:

La acción del primer acto se desarrolla á orillas del Sena, en el muelle de la Tournelle, al amanecer. Labussiere pesca y disputa con las mujeres que hay en un lavadero próximo.

En este primer acto nace la intriga del drama rápida y sencilla. La decoración, muy bonita, ha sido pintada por Meunier, uno de los mejores escenógrafos de Paris.

La acción comienza la misma mañana de Thermidor para concluir por la noche del mismo memorable día.

Labussiere trata de arrancar al verdugo la cabeza de una joven de la nobleza á quien la revolución ha arrojado de su convento.

Esta joven obtendría un aplazamiento con solo declarar que está en cinta, pero prefiere la muerte á tal confesión. Labussiere se esfuerza entonces, minuto por minuto, aguzando su ingenio, en salvar á la joven suscitando peripecias de mil géneros.

Todos sus esfuerzos son vanos; al final del drama, la desgraciada forma parte de la última carreta y es entregada al verdugo, cuya siniestra silueta se dibuja por cierto en el curso de la acción.

Esta recorre sucesivamente diversos lugares revolucionarios, entre otros, el comité de Salvación pública y el patio de la Conserjería, que forma el último cuadro; pero ni uno solo de los personajes importantes de la revolución figura en el drama, habiendo consistido el tacto del autor en evitar el escollo de sacar á escena personajes políticos que ó son, para unos, demasiado simpáticos ó demasiado repulsivos para otros.

La figura de Labussiere, con el reparto que el drama tiene, resultará tanto más interesante, cuanto que aquel actor representaba en la Comedia francesa, si bien de modo menos brillante, los papeles de la cuerda del célebre Coquelin mayor.

Tales son las noticias que podemos adelantar acerca de *Thermidor*, de cuyo éxito nos alegraremos poder dar cuenta en una próxima crónica.

Sardou, después del fiasco de *Cleopatra*, se debe á sí mismo una revancha. Veremos á la obra

Los periódicos nos traen estos días noticias de dos viajes que prueban la tontería rumana.

Porque, convendrán ustedes conmigo en ello, tontería mayor que emprender un viaje de Rusia á Paris en coche ó proponerse dar la vuelta al mundo en velopedo, no puede darse.

Todas las fuerzas, todas las privaciones y toda la energía puestas á contribución para empresas semejantes, ¿de qué utilidad son para la humanidad, ni siquiera para los individuos que las intentan ó las realizan?

Un caballero ruso ha apostado con un inglés venir en *kroika* (carruaje tirado por tres caballos) de Samara á Paris en ochenta días.

El trayecto representa unos 3000 kilómetros.

El sportsman ruso ha recorrido ya de Samara á Kijeff 1777 *verstas* (unos 1900 kilómetros) en cincuenta días, haciendo entre cincuenta y setenta *verstas* por día de marcha.

Para que sus tres caballos, que son los que realmente ganarán la apuesta, sufran menos el frío, el viajero empieza su camino por la mañana á las ocho y lo hace de un tiron hasta las seis ó las siete de la tarde. Al llegar al fin de cada etapa los caballos reciben una gran friega de alcohol, comen y descansan hasta la mañana siguiente.

La única aventura que de este viaje se conoce hasta ahora es la de haberse visto expuesto Mr. Bunatski á no realizar su viaje más allá de Rusia. Unos aldeanos intentaron matarle para apoderarse de sus magníficos caballos.

Felizmente se le ocurrió decir que era *oficial azul* (con este nombre se conocen los oficiales de la policía secreta política rusa) y que un destacamento de cosacos le seguía á corta distancia. Los aldeanos tuvieron miedo y le dejaron pasar.

Poco antes de llegar á Kijeff se le rompió el coche y Mr. Bunatski se disolvió un pié, teniéndose que detener unos días.

Con caminos mejores y por países más civilizados y seguros, el viajero ruso, si sus caballos no reventan, está en condiciones de llegar á Paris en el plazo fijado, siguiendo el itinerario marcado, que es de Kijeff á Shitomir, Novgorod, Dubro, Cracovia, Dresde, Francfort, Luxemburgo, Reims y Paris, ganando la apuesta de 20000 rublos, ó sean unas 60000 pesetas.

El inglés con quien ha apostado le hace seguir por agentes que comprueban la exactitud del viaje.

El otro viaje extravagante de que tenemos noticias, es el que están realizando dos norte-americanos, que piensan dar la vuelta al mundo en velopedo.

Llevan atravesada ya Francia é Italia, haciendo próximamente 40 ó 50 millas inglesas por día.

Se proponen pasar por el Asia Menor y el Turquestan ruso y tratar de atravesar la China. Si para esto encontraran algún impedimento procurarán llegar al Océano pacífico por Siberia, que en invierno debe ser un encanto para viajar.

Una vez á orillas del Pacífico, nos dicen los que signen las etapas de este viaje si los dos yankees pasarán á América á nado con los velopedos al hombro, lo cual si que sería un verdadero *tour de force*.

Y suponiendo que esos dos viajes se lleven á feliz término, ¿qué habrá ganado con ello el progreso? ¿Qué habrán probado esos viajeros?

El ruso, que tiene unos excelentes caballos, y si, como es muy fácil, alguno se le queda en el camino, la raza y cria caballar habrán perdido una hermosa bestia, que valdría más que los rublos apostados.

Los norte-americanos habrán conseguido á lo sumo hacerle un gran reclamo al fabricante de sus velopedos.

Todos esos esfuerzos, aplicados á alguna obra útil, darían más gloria á los que los desperdician sin más valor que las idas y venidas de la ardilla.

Uno y otros, con tanto correr inútilmente nos resultan menos listos que un obrero inglés que durante el reciente viaje á Inglaterra de la reina de Rumania dió la siguiente muestra de destreza.

La reina visitaba una fábrica de agujas de coser.

Al pasar por uno de los talleres, un obrero, cuyas funciones consisten en hacer el ojo á las agujas, rogó á la reina que le diese uno de sus cabellos, á lo que aquella consintió sonriendo por lo extraño de la petición.

El obrero tomó el cabello, lo colocó bajo el punzon de su máquina, le hizo un ojo como á una aguja, pasó por él una finísima hebra de seda y entregó su obra á la admirada reina.

No se puede negar que eso es más difícil que cortar un pelo en el aire, hazaña reservada á los más listos, según la frase proverbial.

¡Y es menos innegable que ese obrero trabaja al pelo!

RICARDO BLASCO

Paris 8 de enero de 1891.

LOS TEATROS

No deben extrañar las empresas de los teatros, ni los autores de las comedias, que no vaya la gente á las funciones.

¿Quién, que no deba por urgencias y apremios de la necesidad ó de la vida, abandona la casa en estas noches de aire, de pulmonía, de humedad, de reuma, y de frío glacial para ir á parte alguna?

A las diez estamos ya solos por esas calles los que salimos, y á la una de la madrugada apenas si nos damos cuenta de nosotros mismos los que volvemos.

Al extremo se va por costumbre, ó se va por lujo, ó se va por moda, que son los tres grandes impulsos del viaje al teatro; pero cuando el extremo ha pasado, ¿quién vuelve atraído por verso ni prosa, arte ni literatura de quien quiera que sea?

A lo más, la gente gusta de ver y oír trajes y ruidos, y para satisfacer aquellos gustos se representan en los últimos y primeros días del año nacimientos y zarzuelas que no son precisamente arte ni literatura en toda la extensión de estas palabras.

Pues bien: arte y literatura ha ofrecido el teatro de la Princesa á todo el mundo con la última comedia *Los desgraciados*. La literatura es de Federico Jaques; el arte lo ofrecen también en buena cantidad algunos de los actores de aquella compañía.

En *Los desgraciados* no sólo hay tesis, sino que la tesis se impone desde la primera hasta la última escena. Por falta de pastores y de luchas, y por exceso de tesis ofrece la comedia escaso movimiento escénico. Se trata de demostrar que nadie está contento con su suerte; y en efecto, la demostración queda cumplidamente realizada en la comedia de Jaques. Allí sólo está contento con su suerte el escribano. Y no está mal elegida la profesión del personaje para encarnar la excepción, pues no se sabe que sean frecuentes las deserciones en este servicio de auxiliar á la administración de la justicia, lo que prueba que no será muy malo.

Acierta el autor, del mismo modo, al inspirar el disgusto de la vida en la mujer, y todavía mejor en la niña versátil y mal educada. Y frente á las mujeres maloca el autor al escribano, hombre satisfecho en todas las situaciones de su vida, así cuando pobre, como cuando rico: que si vive bien con poco dinero, también con mucho se encuentra á placer, y por lo que en ellas se arriesga les tiene guerra jurada á las operaciones de la Bolsa.—Sobre el contraste de estos opuestos caracteres gira toda la obra.

El único que allí padece, en el primer acto porque no tiene dinero, es el padre de la niña; y en el segundo, porque el dinero se le acaba; y si en el tercero se regocija, no es porque ya dió fin á la moneda, que ya volverá á procurársela, sino porque logra recobrar á su hija poco menos que entregada á la voluntad de un novio imbecil.

Con esto digo que á mí no me parece que el autor ha pretendido demostrar que la felicidad es incompatible con el dinero, y ha hecho bien en no intentar lo por que semejante consuelo moral satisface á pocas personas, pugna con las realidades de la vida social, y de haber creído el público que tal cosa iba á demostrarle, tal vez no hubiera aplaudido la obra con tan espontánea satisfacción: que nadie aplande de veras aquello de que duda ó aquello en lo que no cree resueltamente.

Y que se vive mejor en el saloon que en la bohardilla, no hay un solo habitante civilizado que lo dude en el planeta.

El tercero de los personajes de la comedia es un mozo de poca sustancia, presidente de la niña. Presumido y tonto, había que contar con un actor cómico que lo representase á conciencia, y lo ha hecho Manso cumplidamente. Es justo decir algo más acerca de este artista. Ahora que frente á lo trágico desesperado no se ofrece en el teatro más que rara vez otro contraste que el de lo cómico grotesco—aun más por culpa de los autores que de los poetas,—el actor Manso se distingue siempre en la actitud de lo cómico acentuada, pero sin traspasar los límites de lo cómico artístico. Nos recuerdan los buenos tiempos de Juan Catalina. Y en su papel de *Los Desgraciados* Manso ha puesto tanto como Jaques.

En todos los actos de la comedia están muy bien calculadas la disposición de las escenas, la distribución de los actos y la mecánica total de la obra. Rápida la acción, sobrio el diálogo y las jornadas breves, no hay manera de que se fatigue, se distraiga ni se disguste la atención de los espectadores. En esta defensa de su obra, el autor pecará por sobre de artificio pero no por falta de experiencia; no habrá hecho lo que ha debido, pero ha hecho lo que ha querido hacer; y tanto como devoto del arte, me parece al final sacerdote de la malicia. Se olvida fácilmente de perseguir el aplauso, pero no se olvida nunca de cubrirse para la censura. Pudo alcanzar mayor éxito con otra disposición del plan de su co-

media, pero era imposible que se defendiese mejor para correr menos riesgo. Fuvo miedo ó tuvo modestia; pero está demostrado que tuvo prudencia y talento.

No sé dónde llegará como autor de comedias el autor de *Los Desgraciados*, pero lo que ha demostrado en esta última es que las sabe escribir; y constante que yo entiendo por escribir *sentir é imaginar y dictarse á sí mismo el que escribe lo que imagina y siente.*

Ni se propuso Jaques hacer reír, como otros se lo proponen y hacen llorar, ni hacer llorar como algunos pretenden y hacen reír. Ni la tesis calienta el cerebro, ni las grandezas de los personajes deslumbran, ni las desdichas oprimen. Pero ese es su mérito; que con las palabras, los conceptos y las frases corrientes ha escrito Jaques una comedia tranquila é irreprochable, en unos versos fáciles, sentidos y primorosos.

De la ejecución tengo hecha la justicia que Manso merece. La señorita Onello hizo cuanto podía exigirle el autor y cuanto requiera el papel, demostrando que puede hacer más todavía la inteligente actriz. Amato no tenía ancho campo en que desenvolverse, y sin embargo fué aplaudido en diferentes momentos. Y Vallés desempeñó tan bien y con tanto amor los actos primero y segundo, que hasta parecía en el acto tercero olvidado de su papel por haberlo puesto todo, incluso la memoria, en los actos anteriores.

Más arriba se puede subir, más alto se puede volar seguramente, y por mucho espacio, en el arte de hacer comedias; y demostrado el arte, ¡arriba, mi querido Jaques, arriba y adelante!

El prólogo de un drama.

Un canalla rufian y pirata, llamado Centellas, se casa con una dama principal de Sevilla, por extraña resolución del padre de la dama. La misma noche de novios vende el rufian al conde Torre-Negra la honra de su mujer, y parte de Sevilla para seguir entregado á sus piraterías y latrocinios. De aquella unión de Torre-Negra y doña Mariana, que se llama así la gran señora, nace Leonelo. Y ausente Centellas y el conde que le sustituyera, Leonelo y su madre viven felices el uno para el otro en la hermosa capital de la tierra andaluza. Ahora comienza el prólogo. Han pasado veinte años. Rodrigo, servidor de doña Mariana, dice que ha visto á un personaje extraño conversando con cierto escudero, que no ha mucho acaba de poner en manos de su señora un cofre repleto de oro y alhajas que el conde Torre-Negra manda á Leonelo.

Las señas del extraño personaje son indudables; después de veinte años de ausencia, Centellas ha vuelto á Sevilla. ¿Sabrá lo del tesoro y vendrá á robárselo á doña Mariana? Todo es posible. Como día de feria y de jolgorio Leonelo se pasea por la ciudad; de pronto disputa con un hombre desconocido, aquel hombre le abofetea, Leonelo no se puede defender por que el abofeteador desaparece, se cree deshonrado, hora y maldecido delante de su madre y jura matar al ofensor si vuelve á encontrarlo. El abofeteador es Centellas.

En esta tensión el drama, Centellas se presenta en casa de doña Mariana. Tiene para ello derecho; es su marido. Leonelo reconoce en el acto á su agresor y va á matarlo. Una frase de doña Mariana salva al pirata. ¡Es tu padre! le dice á Leonelo.

Y aquel mozo frenético, confundido y desesperado se detiene. Rodrigo, el criado, lo retira de la escena con el propósito de revelarle el secreto de la deshonra de su madre y la seguridad de que no es hijo del rufian.

Entretanto, Centellas exige el tesoro de Torre-Negra con amenazas de muerte para doña Mariana y Leonelo, y doña Mariana se lo entrega.

Vuelve á escena Leonelo en este instante, y sabedor de que es hijo de doña Mariana, vendida por el pirata, y del conde Torre-Negra, decide matar en el acto á Centellas, y comienza el desafío. Centellas se bate con el cofrecillo del tesoro bajo su guarda, y á los primeros mandobles acude el pueblo á presenciar el lance y cae muerto Centellas de una estocada en el corazón.

El pueblo, que no está en el secreto de la trama fatal, acusa á Leonelo de matador de su padre. Leonelo reconoce y acepta acusación semejante para salvar la honra de su madre. Y todavía la muchedumbre que vió defender á Centellas el caudal de Torre-Negra extrema su acusación contra Leonelo y supone que mató á su padre para robarle el caudal.

Cierra la gente al mozo la salida de su vivienda, ábrese paso á cuchilladas, bendice á su madre y huye de Sevilla. Este es, mal referido y no bien recordado quizá, el asunto de *El prólogo de un drama*, estrenado anoche en el teatro Español, y original de la acalorada fantasía de D. José Echegaray.

No sabemos lo que será el drama; pero el prólogo se lanza y remonta á las cimas superiores del acenruado romanticismo. Vuelve Echegaray con su joto de anoche, y hace bien, á los escemos y audacias de su inventiva que parecía haber olvidado desde las ca-

tástrofes de *La esposa del vengador* y *En el puño de la espada*. Jamás la musa de la fatalidad reinó sobre la escena con tan fiero dominio como en ese prólogo de un drama. La decoración es triste y fría, la primera escena de doña Mariana impresiona, Rodrigo no dice más que palabras fatídicas, Mendoza oprime el ánimo, se quiere á Leonelo sin verle, y cuando aparece en escena este Leonelo constituye la preocupación y el dolor de los espectadores hasta que cae el telon y más allá todavía, pues no hay quien adivine, porque romanticismo no tiene lógica, la suerte de tan simpático mozo á tantos horrores condenado, sin merecer ninguno.

No ofrece campo nuevo este prólogo al talento insigne que lo imaginó, porque no le hay más dilatado en la ideal geografía de los poetas, que la imaginación sin límites de D. José Echegaray. Ni cabe en la crítica, ni en el examen, ni en el juicio de las reglas y definiciones escénicas. Más valiera, fuera del arte, que matase á Leonelo y no al pirata; que menor castigo que morir es dejar vivo á un hombre convencido de la deshonra de su madre; y no resuelto á negarla á costa de su vida, que esto sería natural y corriente, sino á costa de su honor; y más aun, á costa de pasar por asesino de su padre y ladrón de lo suyo; y por si fuera poco á costa de aparecer como el hijo de un rufian, pirata y canalla; y todavía como peor y más infame que el pirata á los ojos de todo el mundo. Pero imaginado de otro modo no habría drama, y drama ha de haber.

Todo es elemental y sencillo en la historia de las grandes producciones románticas frente á la leyenda que anoche contemplaba atónito el público en la sala del teatro Español. Porque Echegaray, cuando inventa sin freno, no solo interesa, sino que somete oprime, estruja y aniquila verdaderamente la voluntad del espectador. Y cuando despierta el público de semejantes emociones, como si entonase el *hossana* de su libertad, como si recobrada el uso de sus facultades, y las normales funciones de sus instintos, el espectador aplaude, y aplaude como el preso perdonado que abrazaría en el primer momento al propio juez que lo sentenció, ó como aquellos condenados á muerte que al recibir en el banquillo fatal la noticia del indulto la primera mano que estrechan es la del verdugo.

Hay que admirar á D. José Echegaray porque él lo quiere, lo manda y lo impone; y hay que admirarle sin límites y sin lógica, fatal y necesariamente. Por eso en algunos de sus estrenos la butaca me parece un potro y me estremezco sin querer cuando comienzan á hablar sus personajes, y le aplaudiría aunque no quisiera cuando cae el telon.

¡Talento dramático, singular y extraordinario, que al producir sorprende y al ejentar tiraniza!

Así son sus éxitos; como él los imagina cuando escribe.

Y para que conste: Los mejores trozos de poesía descriptiva de D. José Echegaray, están en *El prólogo de un drama*.

CONRADO SOLSONA.

MOSAICO MADRILEÑO

El mes de Enero.—Variaciones atmosféricas en Madrid.—Asamblea de maestros.—Loco de atar.

Gracias á Numa Pompilio, el más inteligente y antiguo de nuestros astrónomos y zaragozanos, el mes de enero ocupa el primer lugar entre todos los del año, en vez del undécimo, como en un principio acontecía. Cierta que con esta innovación, *september, october, november* y *december*, no son los meses séptimo, octavo, noveno y décimo, como sus nombres etimológicamente indican, sino el noveno, décimo, undécimo y duodécimo. Esto podrá trastornar no poco á los que se dejan llevar de raíces y etimologías, pero en cambio, basta acordarse de Numa Pompilio para restablecer el orden de estas divisiones del tiempo.

Los romanos consagraron á Jano este mes. ¡Y qué mémos habían de hacer por éste, que siendo hijo del dios Apolo, renunció desde luego á escribir coplas y poemas, y se limitó al humilde papel de rey y colonizador de Italia, y aun compartió la dignidad con aquel trágico de Saturno, á quien el mismo Júpiter se podía agnantar!

Jano fué en sus tiempos una especialidad, que después se ha generalizado muchísimo, gracias á los hombres políticos. Tuvo dos caras: conoció el pasado como cualquiera de nuestros autores de novelas históricas, y adivinó el porvenir como cualquiera de los hipnotizadores y suggestionistas á la moda. En uno de sus templos se estableció por los romanos la costumbre de tener cerradas las puertas en tiempo de paz y abiertas en las épocas de guerra; pero como en mil años sólo las cerraron ocho veces, y por poco tiempo, renunciaron á semejante enjudo, siendo de creer que quedarán atornadas desde entonces, porque, ¡raciadamente para la humanidad, el estado de guerra tiene caracteres de verdadera permanencia y perpetuidad.

¡Cuántos sucesos belicosos y sangrientos podrían registrarse con sólo repasar la historia de enero! Pero no teman los lectores que lo haga, ni que alardée de una erudición de que estoy muy lejós. Por el contrario, me reconozco tan ignorante que he acudido á los libros de ciencia para poder escribir algo nuevo... y la verdad es que tampoco he logrado éxito muy envidiable. Leo, por ejemplo, en un autor eminente:

«Enero es una de las épocas más frías del año.»

Vea usted... Cuando todos, creyendo lo contrario, íbamos á vestirnos de verano y mandar apagar el *chuberski*. Sigamos estudiando:

«Los cerdos y otros animales temen al frío...»

Lo que temen más los primeramente aludidos es el mes de noviembre: en enero ha pasado ya el peligro para muchos de ellos. Por lo demás, autójase me que, en esto del frío, el mismo autor del libro científico que tengo á la vista, compartirá la opinion del cerdo.

Tomemos ahora algún precepto relacionado con la Agricultura:

«Si hay mucha nieve se debe renunciar á trabajar las tierras.»

A lo que yo renuncio resueltamente es á dar carácter erudito á estos párrafos, temeroso de sembrarlos de perogrulladas científicas.

Enero, entre nosotros, es el mes del tarjetero, de los banquetes zorrillistas, de los regalos de los Reyes Magos, de las fiestas palatinas, de los estrenos dramáticos, de la actividad académica, de las recepciones y bailes. Como inmediato predecesor del mes de Carnaval, empezamos á gastar narices positivas... Es decir, yo creo que lo son las que amoratadas y llenas de sabaliones se usan en estos días por las calles de la coronada villa.

Disfrutamos desde hace días los madrileños de una temperatura variable, pero en la que cada variación supone un peligro. Salimos á la calle durante una copiosa lluvia, y á la media hora la lluvia cesa, el frío seco arrecia, los charcos se convierten en hielos y llegamos á vernos á once ó doce grados bajo cero; apenas nos hemos empezado á acostumbrar á este frío, cuando el huracán desata sus furias, arrancando las hojas de las copas de los árboles y los sombreros de copa de los troncos humanos, sembrando el arroyo de cristales, persianas y chimeneas, y silbando por encrucijadas y callejuelas para amedrentar á los que se encuentran guarecidos en las casas; pero á los pocos momentos desaparece el huracán, oscurecese el cielo y comienza á caer una aterradora nevada, que da lugar á nuevo cambio de decoración, con un sol espléndido y otra helada espléndida también.

Estos cambios rápidos su suceden de tal suerte que es imposible preverse de ellos, ni combatirlos; pero dan lugar á que podamos hacer ostentación de nuestra resistencia, pues vigor excepcional se necesita para no caer dentro de los cuadros mortuorios, cuando casi simultáneamente nos atacan las infinitas enfermedades que desarrollan el huracán y el hielo, la nieve y el agua.

Algunos higienistas muy distinguidos estudian el medio de mejorar el clima madrileño; pero es más que posible que tan laudable empeño no sea seguido de ningún resultado práctico, en tanto que no sea factible trasladar la población á algunos cientos de leguas de su emplazamiento actual.

Tan rápidas son estas alteraciones atmosféricas, que nos hacen el mismo efecto que si estuviéramos asistiendo á una función de cosmorama, en la que dijera el encargado de la exhibición:

—¡Londres!... La niebla húmeda impide que el espectador vea el río, las casas y las fábricas... Esos bultos que se mueven torpemente, chocando unos con otros, son los transeúntes... Esas chispitas luminosas de primer término son los faroles del alumbrado público.

Y no bien hemos procurado ver algo del cuadro, cuando sigue diciendo el cicerone:

—La escena representa el diluvio universal... No puede precisarse bien el cuadro, porque la lluvia torrencial forma una espesa cortina.

Y un minuto más tarde:

—Estapas de la Siberia... No se vé, como apreciará el respetable público, mas que hielo por todas partes. La vejetación yace escondida bajo el hielo, los animales lo mismo, los hombres lo mismo... Este montículo de hielo del segundo término, denuncia que en él yace helada una familia entera.

Y el cosmorama sigue funcionando y dice el director:

—¡El Desierto de Sahara, barrido por el Simoun!... Por esos van esos infelices viajeros corriendo detrás de sus sombreros y paraguas.

O bien:

—El gran San Bernardo...; ó La región de las nieves perpétuas...; ó El paso de los Alpes por un ejército.

Y es seguro que los espectadores del cosmorama, como los vecinos de Madrid en estos días, sólo podrán hacer una cosa para defenderse de tales cambios: Abrigarse.

Los maestros de escuela se hallan reunidos en asamblea en esta capital, discutiendo, no en qué han de emplear sus capitales, sino cómo han de pedir al gobierno que les pague sus exiguas dotaciones. Porque, á pesar de las numerosas disposiciones dictadas en favor de los mismos por todos los gobiernos, y á pesar de los buenos deseos que fusionistas y conservadores tienen por la respetable clase del profesorado, ello es cierto y evidente, que los maestros signen sin cobrar, que sus alcances ascienden á bastantes miles de duros y que periódicamente se repiten las casos de maestro que implora limosna, el maestro que huye de esta vida por las puertas de la desesperación, el maestro que acude á los caminos en busca de piedra que machacar, y el que dedica el resto de sus fuerzas físicas á clamar contra los gobiernos y formar asambleas y escribir periódicos, pidiendo ser atendidos y pagados. Todavía no se ha dado el caso de que los maestros se coman á los muchachos puestos á su cuidado; pero es posible que llegue á, andarse todo. Hijos eran del conde Ugolino sus compañeros de prisión, y el cantor florentino nos ha pintado que el hambre pudo más en él que el amor paternal.

En España cada escuela es una torre de Pisa; cada maestro un conde sentenciado por los gobiernos á morir de hambre, y todavía no se ha dado el caso de que devoren á los muchachos. Esta circunstancia honra sobremanera á la clase y la hace acreedora á mayor consideración de parte de los legisladores y gobernantes. No queremos que, como en alguno de los pasados siglos, constituyan una clase privilegiada, libre de las cargas de todos los demás ciudadanos, pero tampoco una irritante excepción, aquí donde se hace gala de velar por todos los derechos y por los derechos de todos.

Es evidente que la situación de los pobres maestros llegará á asegurarse; pero no me atrevo á sospechar que sea el mejor camino para lograrlo, la celebración de asambleas como la reunida actualmente en Madrid. Se asegurará cuando nuestros hijos, recogiendo la vergonzosa herencia de nuestras faltas, tengan la abnegación necesaria para remediar nuestros errores; cuando discutiendo serenamente sobre el desequilibrio de la enseñanza, velen y atiendan en primer término á la elemental y primaria, haciéndola gratuita y obligatoria, aunque para ello tengan que «suprimir algunas de las Universidades, porque mayor respeto merecen varios millones de españoles que algunos cientos de doctores y licenciados. Entonces, y solo entonces podrán protestar con legítimo orgullo contra los extranjeros que en sus mapas gráficos de la enseñanza, señalan á España con la misma tinta negra que emplean al referirse á pueblos y tribus del interior de Africa.

Por eso, al dar cuenta de las aspiraciones formuladas en asambleas como la reseñada, sólo nos corresponde consignar la justicia de sus quejas y decretar luego:

«Quede para nuestros hijos la gloria de resolver este asunto.»

Recientemente ha entrado en la sala de observación del hospital Provincial, un proyectista y aspirante á concejal por Madrid, por temor de que se le van volviendo los sesos agua.

En un papel que le fué encontrado encima, se ha podido ver el siguiente boceto de programa:

Durante el día, dejar abierta la Puerta del Sol, y por las noches cerrar y poner burletes á las de Alcalá y Atocha.

Limpiar los fondos y calafatear las calles del Barco y del Barquillo, y mandarlas de estacion al puerto de Guadarrama ó de viaje al mar de Ontigola.

Ver frecuentemente, si tiene el peso completo, la calle del Panecillo.

Dar estrignina á la calle del Perro y cortar las uñas á la del Gato.

Poner centinelas de día y de noche á la calle del Tesoro.

Poner inmediatamente en explotación la calle de las Minas.

Trasladar el Observatorio astronómico á la calle de la Juna.

Tapiar la calle del Viento.

Surtir de cristales ahumados á todos los vecinos de la calle de Mira el Sol...

Como se vé, el pobre diablo no tiene remedio.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

El Mundo de los Niños. Ilustración infantil publicada bajo la dirección de D. Manuel Ossorio y Bernard. Año IV. 1890.

Un periódico de carácter infantil que entra en España en el año quinto de su publicación, como ocurre á *El Mundo de los Niños*, ofrece á las familias garantías de acierto en lo pasado y utilidad para el porvenir. El hermoso volumen correspondiente al año que acaba de finalizar, justifica plenamente el éxito de esta publicación, en la que se hermanan hábilmente la más sana moral, las lecciones didácticas, sin la enfadosa monotonía del libro de texto, y los interesantes relatos novelescos. Las firmas más acreditadas e ilustres autorizan los trabajos, ya en prosa, ya en verso, de esta revista, en cuyo volumen último se ven más de cien notables cromos, muchos de ellos de gran tamaño y otros tantos fotográficos en negro.

Acabamos de recibir el cuaderno septimo del Diccio nario Ap logético de la Fé Católica: comprende desde la columna 929 á 1088. Termina el artículo *Ditubio*, y después de otros muy interesantes so re *Dios*, *Dispensas*, *Divorcio*, *Divorcio de los Principes* y de la *Iglesia* y *Dragon*, comienza la letra *E* con los artículos *Eclesiásticos*, *Edades del género humano*, *Egipto*, *Elias* y *Euseo*, *Ephod*, *Esclavitud* y *Eserkura*, solo comenzado en este cuaderno.

El Archipiélago de Legaspi, estudios acerca de nuestro imperio oceánico, por don Manuel Scheidnagel, teniente coronel comandante de infantería. Madrid, 1890.

El Sr. Scheidnagel, laborioso escritor que honra al cuerpo de infantería á que pertenece y ha desempeñado importantes funciones administrativas en el archipiélago filipino acaba de dar á la estampa una notable obra, fruto de sus estudios y observaciones en el mismo. Comprende cuatro partes, refiriéndose la primera á los diferentes territorios del interior, la segunda al estudio etnológico y etológico de la region, y la cuarta á temas generales de ejército, marina, gobierno, colonización, moral y otros curiosos extremos. La obra será leída con interés y consultada con fruto.

Nuestro querido compañero en la prensa señor Ruiz y Contreras aca á de publicar, firmado con el pseudónimo *El amigo Fritz*, un interesantísimo libro que titula *Dramaturgia castellana*.

Este importante trabajo, magistralmente llevado á cabo por el Sr. Ruiz; estudio sintético acerca del teatro español, lo primero que revela es una erudición grandísima en el autor, un dominio envidiable del idioma y un profundo conocimiento de nuestro teatro y del arte dramático.

Los artículos *Teatro español*, *El drama romántico* y *la comedia moderna*, *Los ensayistas*, *La novela* y *el drama*, *La indiferencia en el teatro*, *La crítica* y *Los cómicos*, están pensados y escritos con la valentía, el saber, la convicción y el arte de un verdadero maestro.

El Sr. Ruiz y Contreras ha hecho un libro originalísimo, que llamará poderosamente la atención de los hombres de letras.

El inteligente industrial Sr. Velasco ha publicado un precioso Almanaque que ha regalado profusamente, y que contiene firmas de los señores Zorrilla, Campoamor, Jackson, Cuartero, Vital Aza, Cant, Criado, Navarro (D. Calisto), Irarroz, Taboada, Luceño, Chaves, Alfaro, Navarro Gonzalez, Gascón, Ramos Carrion, Ferrari, Boada, Cazoria, Jaques, Liminiana, Estrucera, Campano, Velilla, Mario, Sanchez Sena, Arenas, Zapata, Sanchez Perez, Aguayo, Limendoux, Ruiz Feduchi, Flores Garcia, Perrin, Palacios, Serrano, Lopez Silva, Sinesio, Fernandez Villegas, Picon, Arnieles, Sanchez de Leon, Felipe Perez, Lucio, Cesar Diaz, Lopez Moreno, Manzano, Ballesteros, Adán Bernard, Palomero, Noriega, Campuzano, Gabañou, Minguez, Callejo, Camino, Larribiera, Gullon y otros.

El distinguido y joven literato cubano don Carlos de Pedrosa, hijo de los marqueses de San Carlos de Pedrosa y hermano de la distinguida artista de acción doña Margarita, apellidada *el Angel de la Caridad*, ha tenido la atención de remitirnos el primer cuaderno de su notable estudio necrológico sobre el que fué reputado ingeniero-director de las obras de la real junta de Fomento de la Habana D. Francisco José Higinio de Jesús de Albar y Fernandez de Lara. A la necrología, precede una larga y sentida dedicatoria del Sr. Pedrosa, á la real Academia de Ciencias de la capital á la gran Antilla, donde ha sido perfectamente impresa.

Proyecto de ley de instrucción primaria, por D. Saturnino Calleja, 1890. Este proyecto es el llamado á discutirse en la actual Asamblea de profesores de instrucción primaria.

El insigne hombre público D. Francisco Pi y Margall, ha publicado en un folleto dos estudios históricos críticos de gran interés.

Uno de ellos versa sobre el reinado de don Amadeo de Saboy, cuyos hechos más culminantes analiza y critica con gran imparcialidad el Sr. Pi.

El otro trabajo es un estudio breve de las obras del Sr. Juan de Mariana y principalmente del carácter y espíritu de la *Historia de España*.

Dicho folleto merece leerse, no solo por los datos curiosos que en él se contienen, sino también por el estilo claro y preciso en que está escrito.

El cuaderno del Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid que comprende los números 5.º y 6.º (noviembre y diciembre de 1890) del tomo XXIX, publica muy notables estudios de los Sres. D. Teodoro Cuevas, D. Rafael Torres Campos, D. Adolfo Molit y D. Martín Ferreiro, más un estudio sobre las islas Providencia en el archipiélago de las Carolinas y otro sobre Gibraltar; la lista general de socios en fin de 1890, el extracto de las actas de las sesiones de la sociedad y de su junta directiva, y el índice de las materias contenidas en el tomo.

Es cada día de mayor interés la publicación mensual que con el título de *Revista Calasanz*, vienen dirigiendo y redactando los estudiosos padres escolapios. El último cuaderno, correspondiente al día 27 de diciembre último, contiene importantes observaciones críticas sobre el *Nuevo Salterio*, del P. Gomez; cartas á un naturalista sobre la creación y la evolución por el P. Salas; estudios gramaticales sobre la lengua castellana del P. Torres; «El rey ciego» (leyenda) del P. Campaña; pedagogía, bibliografía; Escuelas Pías, por los PP. Torres y Peña; sueltos; variedades, por el P. Calasanz de Pilar y un índice del tomo VI.

En las riberas del Plata.—Es un libro escrito en italiano por el distinguido periodista y autor dramático Resasco, y puede considerarse como la continuación de la celebrada obra de Edmundo de Amicis titulada *El Occidente*.

En las riberas del Plata, como su título indica, es un estudio de la República Argentina; estudio de interés siempre para lectores españoles y de gran op rtunidad en estos momentos en que tantos y tan graves problemas están allí planteados, cuya solución ha de afectar en grado sumo á la numerosísima colonia española.

Resasco ha llevado á cabo un trabajo con envidiable acierto, y el libro resulta de lectura, al propio tiempo, agradable é instructivo. Predomina en él lo anecdótico y lo descriptivo, sin que deje de atender por eso las observaciones del filósofo y del estadista.

La traducción castellana está hecha por nuestro compañero en la prensa A. Sanchez Perez.

Tratamiento del cólera grave por las inyecciones intravenosas, subcutáneas y rectales de suero artificial, por el doctor D. Pedro Gallardo, Toledo, 1890. Interesante estudio médico del distinguido profesor del Hospital Provincial de Toledo.